

**EL ULTIMO ARTICULO DEL ECIJANO BENITO MAS Y PRAT,
PUBLICADO EN *LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA*,
SOBRE LA SEMANA SANTA DE SEVILLA, EN EL SEMANARIO
DEL 15 DE ABRIL DE 1889.**



**Octubre 2019
Ramón Freire Gálvez.**

He recogido, como ya hecho constar anteriormente, respecto a la Semana Santa de Sevilla, diversos artículos, desde 1882 al año de 1889, escritos por el ecijano Benito Mas y Prat, publicados en el semanario al principio mencionado. En ellos, hizo una descripción pormenorizada de todo lo que rodea a dicha fiesta anual religiosa; desde la impresión de los turistas que cada año acuden a la capital hispalense, para presenciar y participar de la Semana Santa, a las obras de la catedral de Sevilla, pasando por las hermandades, los pasos, camareras, armados, público y otros temas adyacentes a ella, con toda serie de detalles y comentarios, demostrativos de haberla vivido activamente y desde dentro de las propias corporaciones religiosas.

En definitiva un lujo que, gracias al archivo de la hemeroteca existente en la Biblioteca Nacional española, he podido recuperar y gozar, como creo que igual les ocurrirá a ustedes, lo que dicho escritor y periodista ecijano, dejó no solo para las lectores de aquella época, sino para nosotros, las generaciones posteriores, pues con la simple, pero intensa, lectura de dichos artículos, dejando volar un poco la imaginación, podemos vivir la Semana Santa sevillana del último tercio del siglo XIX.

El artículo que sigue, aunque con el mismo título que algunos de los anteriores, nos lleva su autor a las obras que estaban realizando en la Santa Catedral de Sevilla el año de 1889, que impidió se celebrara el famoso Miserere así como que se colocara el grandioso monumento que refirió en su artículo del año 1888, al tiempo que realiza una breve reseña sobre la hermandad del Santo Entierro de Sevilla, en la que no puede olvidar la magnífica urna de carey y plata que tenemos en Écija (su ciudad natal) y terminando con unos perfiles interesantes sobre dicha semana mayor.

En definitiva, lo que sigue, es lo que escribió y se publicó bajo el título de:

SEMANA SANTA EN SEVILLA.

(1889)

I.

MAS NOTICIAS DE LAS OBRAS DE LA CATEDRAL.

En el núm. XII de *LA ILUSTRACIÓN* dábamos las últimas noticias recogidas acerca del estado de la Catedral, poniendo en conocimiento de nuestros ilustrados lectores que una Comisión de la corte había venido a Sevilla a dictaminar, por orden del Sr. Ministro, y a explorar las obras del templo.

Esta Comisión, que fue numerosa al principio, y de la cual formaban parte varios arquitectos ilustres, cuyos nombres nos dejamos de propósito en el tintero, quedose al llegar a Sevilla en cruz y en cuadro, como suele decirse, resultando por causas más o menos justificadas que sólo uno de los ilustres comisionados ha podido ser informante para los efectos ministeriales.

Mas a este informe le guarda todavía el misterioso velo de Isis, y por lo visto el gran Sacerdote no ha querido tocar al sagrado crespón con su compás de oro. Sevilla, por tanto, no sabe una palotada del asunto, y aguarda con la pena en el corazón y la angustia en los labios a que hablen los oráculos, a que las Sibilas oficiales digan la última palabra.

Extraoficialmente la prensa de Madrid ha vertido algunas especies relacionadas con las declaraciones intimas de uno de los comisionados, y aun se añade a ellas cierta manifestación hecha en Consejo de Ministros por la que puede deducirse que hay opiniones encontradas en el asunto, y que mientras unos aseguran que bastan para volver el templo a su pristino estado cuatro o cinco millones, otros creen que no podrá hacerse la reparación con menos de veinte.

Refiriéndonos a lo que flota por el viento y es del dominio público, diremos que se habla en particular de un informe presentado por el Sr. Avalos, y que ha sido recibido con aplauso por la Academia; de otro informe dado por dos distinguidos arquitectos y un eminente ingeniero, y de otro facilitado por el arquitecto director. También se duelen algunas personas de no haber oído la opinión de D. Demetrio de los Ríos y del Sr. Cubas, nombrados para unirse a la Comisión, y que no pudieron hacerlo por las circunstancias particulares.

Una feliz casualidad nos hizo sorprender hace poco, al penetrar en el estudio del Sr. Casanova. A este señor, que es nuestro amigo particular, ocupado en uno de los trabajos que trae al presente entre manos. Es una extensa Memoria en que se especifica muy minuciosamente el estado en que se hallan en la actualidad las diversas fábricas del templo. Hemos de confesar que nos sorprendió la suma de datos que en ella se acopian, y que dejamos de consignar, no tan sólo porque no estamos autorizados para ello, sino también porque no es de este lugar la exposición de largos argumentos; pero si diremos, pues es nuestro propósito



dar someras noticias del estado de este asunto, que la expresada Memoria tendrá por objeto comparar los resultados del nuevo estudio con las conclusiones que se deduzcan de los informes de sus antecesores, y deducir de ello la justificación del plan que el Sr. Casanova se ha propuesto para salvar, si es posible, la basílica sevillana.

Una cuestión de forma está hoy también sobre el tapete; algunos periódicos se extrañan de que el Ministro no hubiese acudido para nombrar la Comisión, que algunos llaman muda, a la Academia de San Fernando; esta cuestión de forma no afecta en último caso a las resoluciones que se esperan de arriba, pero, a nuestro juicio, no es descaminada, porque al fin y al cabo la Academia es un cuerpo autorizado.

Para terminar estas notas, daremos cuenta a nuestros lectores de la última peripecia ocurrida en el santo templo, del incendio de la histórica capilla



de Nuestra Señora de la Antigua, acaecido en la pasada quincena. Una chispa desprendida de un braserillo prendió fuego a varios papeles de la oficina de las obras, que estaba allí instalada, y hubiera tenido fatales consecuencias a no haber acudido a tiempo los bomberos de la Empresa de aguas de Sevilla.

Quemáronse varias enseñas o banderolas históricas que se conservaban en el santuario; algunos cuadros que representaban la historia de la aparición de la santa imagen que da nombre a la capilla, y varias cuentas y papeles referentes a las obras de la Catedral, que no afectaron a la contabilidad diaria, por estar duplicados en poder del señor Casanova. Un detalle curioso y cómico ocurrió en este siniestro, que demuestra el rigor con que guardan sus consignas las dinastías de los campaneros de la Giralda.

Avisado éste por un peón de las obras de que la capilla de la Antigua estaba ardiendo, y rogándole que hiciera la señal de fuego con las campanas, el Guzmán del alminar mauritano le contestó todo consternado:

“Sé mi deber, y no tocaré hasta que la autoridad me lo ordene, aunque llegue el fuego al campanario...”

La presencia de un jefe de vigilancia evitó que este nuevo mártir de la disciplina arrojara el cuchillo, y pronto pudo oír Sevilla el continuado toque de alarma, que afortunadamente cesó al poco tiempo, por haber pasado el peligro de mayor catástrofe.

II. EL SANTO ENTIERRO.

Una de las novedades que ofrecen este año las festividades de Sevilla, es la salida de la antigua y famosa Cofradía del Santo Entierro.

Dos años hace que esta Hermandad no hacía estación en Semana Santa, con gran pesar de los amantes de estas lujosas exhibiciones; el Santo Entierro era la nota más original de esa serie de hermandades que forman el núcleo de las costosas procesiones de esta capital y el complemento de los pasos y misterios que se distribuyen en los templos, escalonándose después en la estación por rigurosa prerrogativa y probadas antigüedades.

Tuvo origen esta antigua Cofradía, según los historiadores sagrados, poco después de la conquista de Sevilla, por haberse descubierto en un antiguo eremitorio una imagen de Cristo en la sepultura. Las crónicas llegan a más, pues suponen que el primer hermano mayor de esta Cofradía fue San Fernando.

Otro abolengo, también de alto valor, tiene la Hermandad citada, menos sujeto a dudas y más fácil de comprobar por escritos. Un genovés, llamado Pessaro, estableció en el año 1582 cierta cofradía, que andando el tiempo fue a establecerse en un oratorio que perteneció al famoso navegante Cristóbal Colón. Este oratorio estaba, según parece, en los Humeros, y cerca de un sapote, árbol que plantó por su mano el mismo descubridor de las Américas, y cuyas secas raíces son víctimas hoy de los modernos pilluelos sevillanos.

A este santuario fue llevado el Cristo encontrado en la época de San



Fernando, y allí tuvo origen realmente la Hermandad que aún subsiste a través de las convulsiones de los tiempos.

A fines del siglo XVI había muchos genoveses ricos en Sevilla, y tomaron bajo su protección la Cofradía instituida por su paisano Pessaro; se solicitó

permiso del Prelado para que saliese en procesión por las calles la santa imagen, y se organizó por primera vez un ceremonial propio para ella.



La forma en que salía esta antiquísima Cofradía descrita en las crónicas sevillanas que copia Sánchez León, era la siguiente:



Abrían la marcha veinticuatro niños de doctrina con hachas de cera amarilla y la cruz que servía para los entierros. Después iba el estandarte de Villaviciosa, titular primitivo de la Congregación, y sus cofrades con túnicas verdes y correspondientes disciplinas; luego varias cruces y símbolos de la Pasión en grandes cartelones que llevaban los devotos colgados del cuello; inmediatas las cruces parroquiales; tras de la de San Vicente, que abría la marcha, frailes de varias órdenes y cien clérigos. Seguidamente varios sacerdotes con alba y estola llevaban en palanganas de plata atributos de la Pasión y Muerte. Pífanos y atambores enlutados tocaban marchas fúnebres por el camino, y tras éstos, seis acólitos arrastraban por el suelo estandartes de tafetán negro, entre los demás que llevaban los ciriales é incensarios.

Por la estación se cantaba el salmo *Iu Exitu Israel*; los cofrades lucían túnicas negras y grandes velas de cera; el paso o las andas, que no era lujoso como el de hoy, sino severo y modesto, era llevado en hombros a modo de parihuela por sacerdotes con capas pluviales negras y bajo un palio de luto, con doce varas, que llevaban los mismos clérigos. Cerraba la marcha un paso de la Virgen, San Juan y las tres Marías y varios hachones.

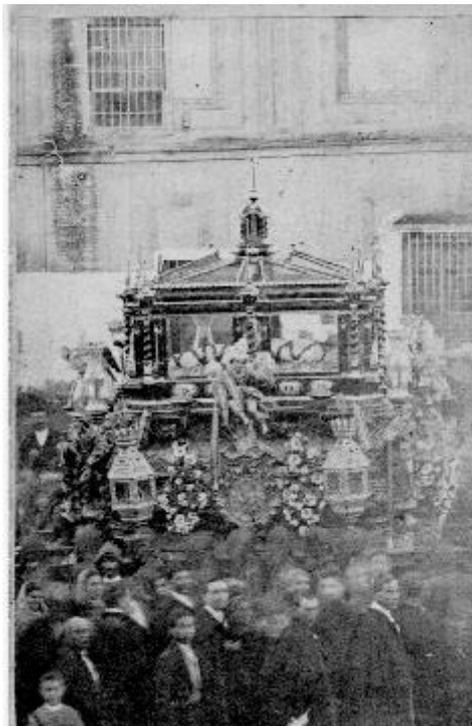
Después de hacer la acostumbrada estación, paraba el cortejo en el convento de San Pablo, teniendo allí lugar una curiosa ceremonia. Colocábase el cuerpo del Cristo en el claustro en un lujoso sepulcro rodeado de altos blandones, y se harían, a lo vivo, ciertas representaciones que fueron prohibidas por el Sínodo celebrado en 1604.

El Domingo de Pascua, al amanecer, se hacía la ceremonia de la Resurrección, colocando en triunfo sobre el sepulcro la imagen del Resucitado. Larga y pesada tarea sería extractar las variaciones que sufrió esta Hermandad a través de los siglos pasados; hasta llegar a nosotros, tuvo largos eclipses y alcanzó también un punto increíble de esplendor y riqueza.

Hasta los últimos años del siglo XVII, la Hermandad del Santo Entierro no encontró eficaces protectores; pero en esta fecha, el P. Contreras y el célebre Miguel de Mañara contribuyeron a su reforma y auge; los sevillanos, encariñados con ella, quisieron dotarla de cuantas preseas pudieran darle la fama de que hoy gozan nuestras cofradías, y consiguieron su deseo, después de otros felices ensayos en el año 1727, en que la salida de esta Cofradía fue en Sevilla un verdadero acontecimiento.

Las águilas francesas, desgarrando con sus volterianos picos las entrañas de la ciudad que se llamaba Mariana, hizo trizas las brillantes vestiduras de las imágenes sevillanas, y pesebres de sus altares; el magnífico sepulcro de carey, plata y piedras preciosas que poseía esta Hermandad, algunos otros pasos y varias bellezas artísticas, fueron robados por los franceses, no pudiendo salvar de la *razzia* más que dos imágenes. Un nuevo período de obscuridad siguió a esta catástrofe.

El año 27 se había dotado a la procesión primitiva de grandes aditamentos; en la relación que tenemos a la vista, y que no reproducimos por no cansar a nuestros lectores, se habla de los ricos trajes de los muñidores, que llevaban escudos y campanillas de plata; de hombres armados con coletos largos, bandas, morriones, plumas y botines blancos que arrastraban soberbios mantos capitulares; de capitanes y alféreces; de *Senatus* bordados; de enseñas de la Hermandad con varas de plata. Salía, como dice el cronista, un escuadrón de ángeles, divididos en siete grupos o coros, habiendo hasta ángeles príncipes, que se reconocían por sus riquísimos trajes. Aquí se citan por primera vez las figuras de la Verónica y de las sibilas que salen en muchas de nuestras cofradías en la actualidad, y se hace la descripción del magnífico sepulcro que robaron los franceses, que debió ser semejante a un riquísimo ejemplar de carey y plata y de gran tamaño que se conserva en la ciudad de Écija y que es admiración de propios y extraños.



Por esta descripción se ve asimismo el inmenso personal que iba en este acto, contando con el contingente de la nobleza, tan apegada entonces a estas prácticas, y con las numerosas congregaciones de frailes de todos colores.

En el presente año el orden del Santo Entierro es el siguiente: abrirá paso un piquete de Guardia civil y de Guardia municipal, seguido de una sección de la escolta romana que custodia el Santo Sepulcro, y seguirán largas filas de elegantes nazarenos. El primer paso representa la victoria de la Cruz sobre la Muerte. Cruces parroquiales, coros de arcángeles y ángeles; dos sibilas con trajes hebreos; la Verónica, y tras ellos los venerables sacerdotes de San Pedro Advincula. Seguidamente la urna funeraria que contiene al Cristo muerto, obra notabilísima de nuestro Montañés. Diez eclesiásticos con sobrepellices y estolas llevarán un magnífico palio de respeto. Una numerosa escolta de soldados romanos custodiará el Santo Sepulcro. El último paso es el de la Santísima Virgen con el evangelista San Juan, las Marías y los santos Varones, luciendo las imágenes bordados trajes de terciopelo y oro. Seguirán el clero parroquial de San Miguel y las representaciones de las corporaciones populares.

Hace veinte o treinta años el Santo Entierro salió de un modo original, aunque propio de esta clase de procesiones simbólicas. Cada cual de las distintas advocaciones ofreció un paso distinto de la Pasión y Muerte, y los sevillanos pudieron ver, hechos reales por los cinceles de Hita del Castillo, Duque Cornejo, Montañés y otros escultores sevillanos, las escenas preliminares y el trágico fin del gran drama del Calvario.

III.

PERFILES INTERESANTES.

Los habituales lectores de *LA ILUSTRACIÓN* conocen ya todos los detalles interesantes de nuestras famosas procesiones; por eso me limito a hablar de lo íntimo y de lo desconocido para muchos, después de recordarles que este año, como todos, los pasos y misterios han de ostentar novedades y riquezas no exhibidas el año anterior, que es el principal prurito de las distintas cofradías, que se engalanan como las cortes bizantinas en estas santas tardes.



La imagen de N. P. Jesús de la Pasión, de la iglesia del Salvador, lucirá este año unas potencias de oro y brillantes que son una preciosidad artística, y que acusan por su factura caprichosa aquellas obras mudéjares de plata y oro que llenaban los alcázares de Pedro I. En el mismo taller se ha hecho una espada de la propia materia riquísima, luciendo en el pomo gruesas perlas coronadas por una soberbia esmeralda y un rematito también de brillantes. Esta espada brillará en el costado de la santa imagen

titular de la referida Cofradía, que ha de ostentar también un manto nuevo de gran mérito bordado fastuosamente en terciopelo, de caprichoso estilo churrigueresco, y que cuesta a la Hermandad de Pasión muchos miles de duros.

De ceremonias religiosas no careceremos este año; pero no podrán lucir a causa del mal estado de nuestra Basílica, en la cual sólo se ha habilitado la parte extrema que toca al baptisterio, donde se halla el famoso San Antonio.



Sin embargo, este templo, que posee un ceremonial notabilísimo, celebra en la actualidad, y terminará pronto, muchas y notables ceremonias preliminares de las del Jueves y Viernes Santo, entre las que puede contarse como muy original la llamada *Ostensión de la Bandera*.

Comienza el acto al himno de vísperas, y consta de cinco sesiones, que se han de distribuir en varios días hasta el Miércoles Santo, en que se rompo el velo en cumplimiento del presagio.

El templo está adornado con preseas propias y simbólicas. Todo el retablo está cubierto con un velo morado, y el tabernáculo luce franjas de terciopelo y tiro. Una medrosa obscuridad reina en las naves; apenas se divisan las imaginerías del siglo XIII que adornan el frontal, y que son los paños de este género más antiguos que hay en la Catedral de Sevilla; en los arcos torales se colocan dos bulas o convocatorias en paños riquísimos.



Hay tres atriles en el presbiterio, y encendidas únicamente dos lámparas de plata; sobre el altar brillan tan sólo dos primorosos candeleros con velas amarillas; un cojín, morado como los ternos, sirve para que se arrodille el Preste ante el atril de en

medio. Es curiosísimo ejemplar la alcatifa moruna que cubre el pavimento.

El significado de esta ceremonia es el de la preparación del pueblo para la época de la Pasión; la Iglesia acoge a sus hijos bajo su bandera durante la orfandad en que le deja el drama del Gólgota, y la gran bandera con cruz roja

que ha de ondear el sacerdote, manchada por la sangre del Nazareno, significa la protección divina para el pecador, alcanzada por Cristo en el Calvario.

Viniendo los oficiantes del coro, sale rápidamente de la sacristía la bandera, la cual pasa a las manos del Preste, que la ondea llevándola de uno a otro extremo del presbiterio, arrodillándose en el centro, desde donde la hace reposar en el tabernáculo. Después envuelve en los pliegues de la negra enseña al maestro de ceremonias y al pertiguero, que representan al pueblo. Estos ondeos de bandera se repiten mientras se canta el himno *Vexilla*.

El acto dura próximamente doce minutos; vuelta la bandera a su puesto, y echa venia por el Preste en el centro del altar, se corre un velo blanco de seda, que simboliza el velo de los templos paganos, hasta que el Preste llega al águila del coro, donde ocupa su asiento, saliendo después de vísperas luciendo una capa morada con soberbia imaginería, terno donado a la Catedral por el arzobispo Palafox, y una de las ricas vestiduras antiguas de la Basílica.

Esta ceremonia es muy poco conocida y tiene un tinte que recuerda el tono de los trenos y lamentaciones proféticas, la obscuridad; el ondeo de la bandera, que parece al extenderse sobre el tabernáculo una gran mariposa negra; la luz de las lámparas y la de las velas amarillas, forman uno de esos cuadros de la Iglesia primitiva, que parece conservar la tradición de los misterios de las catacumbas y de los aniversarios de los mártires.

Creemos, por lo tanto, que debíamos consignarlo, y que en este año no tenemos miserere ni otras ceremonias similares; tampoco se elevará bajo las naves de la Catedral el celebrado monumento de Semana Santa que siempre han admirado los forasteros.

B. MÁS Y PRAT.

Sevilla y Abril de 1989.”

Con el anterior, damos por terminado los artículos que, sobre la Semana Santa de Sevilla, escribió y publicó nuestro paisano Mas y Prat que, junto con otros que he recuperado y que seguiré recuperando sobre otras materias, les hago y haré llegar a ustedes para que lo disfruten, más de un siglo y pico después de sus publicaciones.

Le hago saber, querido lector, que las dos imágenes (blanco y negro de la urna del Santo Entierro) insertadas en este capítulo, concretamente cuando Mas y Prat se refiere al Santo Entierro de Sevilla, corresponden al de la hermandad de Écija, que lo menciona dicho autor como consecuencia de la calidad artística y patrimonial de que goza la urna de nuestra ciudad; fotografías que corresponden al año de 1900 y fueron realizadas por el ecijano Juan N. Díaz Custodio.